

El éxtasis del semidiós mitad apache

Pablo Espinosa

¿Ya es mañana o qué? ¿Ya es el fin del mundo?

En medio de una neblina morada, un joven de 27 años pregunta, insistente: ¿ya es mañana? ¿O solamente acudimos al fin de una era?

Ahora su rostro se ilumina, como si repentinamente hubiese captado claridad y todas las respuestas.

“Excúsenme un instante, voy a besar el cielo”.

Guindado de una nube, flota. Sentado en un bar oscuro, garabatea sobre una servilleta sucia de papel:

Purple haze, all in my brain
Lately things don't seem the same
Actin' funny, but I don't know why
'Scuse me while I kiss the sky

Purple haze all around
Don't know if I'm comin' up or down
Am I happy or in misery?

Purple haze all in my eyes
Don't know if it's day or night
You're got me blowin, blowin my mind
Is it tomorrow or just the end of time?

La cerveza ya se calentó en la botella. Los pocos dólares se escurrieron ya de su bolsillo. Entre la bruma, emergiendo de la neblina morada, reconoce un rostro: es Bob Dylan.

Cuando este joven vagabundeaba, feliz y tragando el mundo a puños, por las calles, los bares, los antros y callejones del Greenwich Village de Nueva York, “Bob Dylan también estaba allí muerto de hambre”, escribiría meses después en un mugroso pedazo de papel arrugado que alguien recogió de entre los escupitajos bajo la me-

sa de otro bar, donde solamente era real la neblina.

Trozos de papel, pedazos de cajetillas de cigarros, servilletas sucias, papeles membretados de cuartos de hotel. Este joven escribió siempre, aunque las palabras nunca le fueron suficientes porque lo suyo era el sonido. El lenguaje más allá de las palabras. El poder del sonido.

Mientras preparaban un filme biográfico acerca del joven de esta historia, Peter Neal y Alan Douglas eligieron la primera persona como narrador, a partir de todos esos fragmentos de vida, esos trozos de papel, esos garabateos que lanzó como centellas a lo largo de sus 27 años.

El resultado es el libro *Jimi Hendrix. Empezar de cero* (Sexto Piso), originalmente titulado *Una habitación llena de espejos*.

El poema-canción titulado “Yo vivía en una habitación llena de espejos” es otro de los documentos a la mano de entre una bibliografía gigantesca, una videoteca inmensa y una suma de testimonios monumental a propósito del joven Johnny Allen Hendrix, a quien sus padres le cambiaron el nombre por el de James Marshall pero él, enarbolando una de sus palabras favoritas: *freedom*, cambió a Jimi.

La noche en que se encontró con Bob Dylan en el antro The Kettle of Fish, anotaría después Jimi, “los dos estábamos borrachos y nos pasamos el rato riendo. Sí, solo nos reímos”.

La vida en Greenwich Village para el joven Hendrix no corresponde a la bohemia de los intelectuales ni los famosos ni los célebres.

El joven Hendrix había llegado ahí huyendo del inhóspito Harlem, donde era objeto de burla y hostigamiento por su aspecto, por su cabellera larga. Chavos, chavas,

señoras, ¡quien fuera! —escribiría después Jimi— se detenían a verlo y le espetaban: “¿Qué se supone que es eso? ¿Un Jesús negro? ¿Qué es eso, el circo o qué?”.

Autodidacta, Jimi Hendrix creó el estilo de una era. Su abuela *cherokee*, quien lo crió porque sus padres vivían en pleitos continuos que terminaban en separaciones temporales, lo instruyó en maneras diferentes de observar el mundo, como la magia, la libertad, la dignidad de ser un individuo.

Cuando el joven Jimi era pequeño, su abuela le contaba “historias indias preciosas, y los niños en el colegio se reían de mí cada vez que aparecía con los chales y los ponchos que ella me tejía. Me dio una pequeña chaqueta mexicana con borlas. Era genial, y me la ponía para ir al colegio todos los días, sin importarme lo que pensarán los demás, porque me gustaba. Me gustaba ser diferente”.

Contrario al icono que el imaginario colectivo suele dibujar, el *superstar* Jimi Hendrix era en realidad un vagabundo.

Durante su periodo de formación, en las calles de Seattle, Vancouver, Kentucky, Harlem y sobre todo en el Greenwich Village, vagabundeaba hasta conseguir que alguien lo contratara para tocar la guitarra unas horas y con ese puñado de dólares mal comía, bien bebía y solo restaba encontrar un lugar para pernoctar, que podía ser una bodega sucia del antro donde acababa de tocar o bien, por lo general, en algún callejón de edificios altos, junto a los tambos de basura.

Con tal escenografía, el imaginario bien podría dirigirse a alguna situación bonita, del tipo del callejón donde viven Don Gato y su pandilla y Benito quejándose de que le duele la panza y Demóstenes declaman-

do (sufro, sufro, sufro, sufro) y luego Benito Bodoque bailando hawaiano.

La realidad es la siguiente, narrada por el protagonista: “Dormir entre los botes de basura de altos edificios de apartamentos era un infierno. Las ratas te corrían por el pecho y las cucarachas te robaban de los bolsillos la última barrita de chocolate que te quedaba”.

Ratas y cucarachas también fueron *rommates* del vagabundo cuando pernoctaba en los clubes donde lo contrataban para tocar la guitarra. Se hartó. Dejó a la modesta banda que le había dado chamba. “Me cansé de tocar en clave de fa todo el tiempo, así que me puse mi traje blanco de mohair, mis zapatos de charol, y volví a tocar en las calles”.

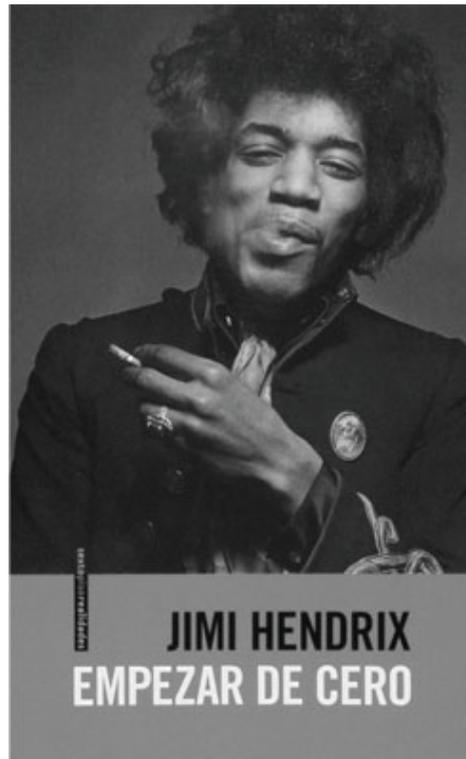
Miente quien afirme que Jimi Hendrix murió víctima de sus excesos. De hecho, las circunstancias exactas de su muerte permanecen en el misterio, tanto que han habilitado las hipótesis más osadas, como aquella que señala a su *manager* quien, aventuran los excesivos de imaginación, luego de que Hendrix lo amenazó con despedirlo, lo obligó (??) a ingerir cápsulas para dormir, con vino en cantidad tal que se quedó dormido y broncoaspiró su vómito. El móvil del supuesto crimen de lesa divinidad habría sido cobrar la herencia, pues todo estaba a nombre de tal representante artístico.

Lo único sólido de las causas de su muerte son las pastillas para dormir, el vino, la broncoaspiración. Lo incierto es si su novia, Monika Dannerman, estaba durmiendo en el mismo lecho, o solamente había dejado en su cuarto de hotel al músico, luego de intenso trabajo.

El elemento sólido que nunca se menciona es la tensión extrema a la que se sometió en su último éxtasis el semidiós.

Tal nivel de estrés, aunado a las cantidades literalmente exorbitantes de estimulantes de toda índole, lo internaron en el panteón de los jóvenes caídos en el campo de batalla.

El whiskey barato que tomaba en sus anforitas Janis Joplin y dosis extremas de heroína; Brian Jones, ahogado también y hallado flotando en una piscina; la bala que se asestó Kurt Cobain, todos ellos integrantes del Club de los 27, porque a esa edad murieron, al igual que Jimi Hendrix.



Jim Morrison fue encontrado muerto en la tina de su baño también a los 27 años, mientras Keith Moon y John Bonham, sendos bateristas de The Who y Led Zepelin, fallecieron a los 32 años.

Todos ellos tienen un común denominador: la invención de la libertad en un modo opuesto al uso de las drogas que se cultiva en las culturas indígenas, donde un viaje nunca termina en un “pasón” sino en una purificación después de haber establecido contacto con los dioses y consigo mismo en otras vidas, en el plano donde no existe espacio ni tiempo. En el aquí y ahora más absoluto.

El microuniverso de los jóvenes que empezaron, desde los barrios de obreros, pescadores, desempleados, aquellos notables *working class heroes* que emblemizó John Lennon, asumieron el consumo de drogas en una combinación que tuvo consecuencias fatales: curiosidad, calmar el estrés, sensación de libertad, el síndrome del repentinamente empoderado, capaz de comerse el mundo a puños de drogas sin pagar las consecuencias, y dejaron a lo último, muy último, el aspecto ritual, místico, de indagación y sanación interiores que otras culturas ya dominaban.

Decir entonces que Jimi Hendrix murió como consecuencia de sus excesos debería incluir su contraparte: murió por conse-

cuencia de sus limitaciones. Las limitaciones económicas de su infancia y juventud. Las limitaciones de amor de sus padres. Las limitaciones morales que lo condenaron por su apariencia, por su manera de ser (tímido, reservado, frágil) y de sentir. Las limitaciones de una sociedad que oprime al diferente, al que se atreve, al que destaca. Las limitaciones culturales de un consumidor de estimulantes que no conoció la noción de los límites.

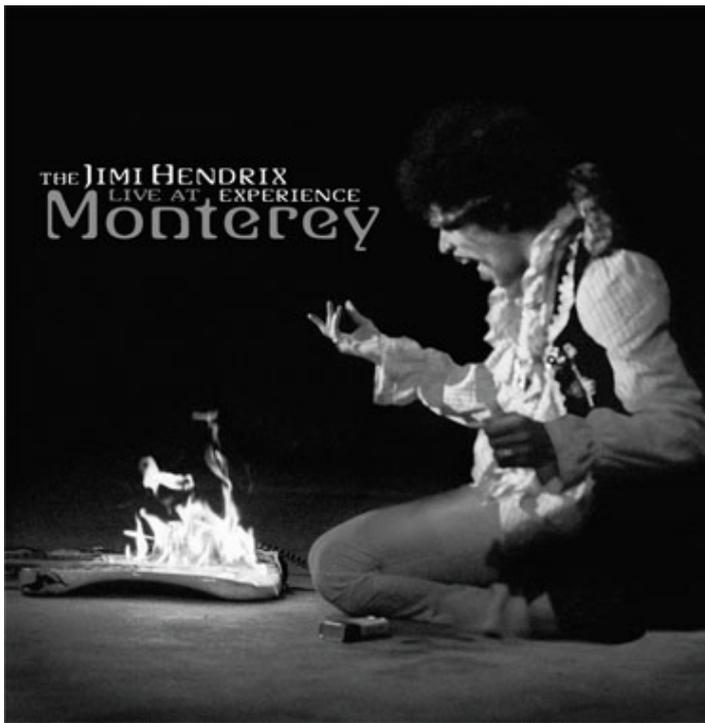
El uso de estimulantes en el acto creativo ocupa capítulos e inclusive libros enteros. No hace falta ir más allá de los hechos en el caso que nos ocupa: el arte sicodélico de Jimi Hendrix tiene un número abrumador de ejemplos. Su poema canción “Yo vivía en una habitación llena de espejos” es conocido por muchos de sus seguidores como un “poema ácido” en honor del lisérgico, el LSD, la *Lucy in the Sky with Diamonds* de los Beatles, la sustancia activa de toda una era del arte moderno.

El contexto cabal, la trascendencia cultural de Jimi Hendrix es su carácter clandestino, irruptor, contracultural. En el Festival de Woodstock, en 1969, hizo una declaración política contundente que apenas empieza a ser entendida: en su guitarra entonó el himno de Estados Unidos pero en medio, como un caballo de Troya, hizo sonar las sirenas, los aullidos, los bombardeos, el napalm, la sinrazón de la guerra de Vietnam. Cada vez que le preguntaban los periodistas el significado de esa acción, Hendrix simplemente sonreía. Si hubiese revelado el trasfondo de su acto de protesta, habría sido lapidado, incluso mandado a matar, como le sucedió a John Lennon.

En Woodstock, Jimi Hendrix realizó así un glorioso mural sonoro de protesta política y social solamente comparable con el *Guernica* de Picasso. Eso fue lo que hizo con el Himno de las Barras y Estrellas: contrastar el amor a la patria con el clamor contra la guerra de Vietnam.

Disculpe, interroga el joven vagabundo al transeúnte: ¿ya es mañana? ¿O simplemente se nos acabó el tiempo? Y enseguida repite uno de sus versos, como iluminado de repente:

'Scuse me while I kiss the sky



Discúlpenme, voy a besar el cielo. Permítanme, déjenme besuquear al cielo. Pérenme tantito, mientras doy un ósculo al firmamento. Aguántenme las carnitas, voy a besar el cielo.

Y besó la tierra. Descendió al Hades. Ascendió hacia una nube morada.

Su valor supremo, su razón de vivir fue la música.

Después de la música, las mujeres. Terno, ardiente, sexy caballero. Las mujeres fueron los seres más cercanos a Jimi Hendrix.

Sus últimos días fueron su éxtasis definitivo.

Creó un estudio formidable, que a la fecha funge como Meca, templo, referente, instrumento, el lugar idóneo para grabar discos: el estudio Electric Ladyland.

Jimi Hendrix en su éxtasis final: planeó tomarse un descanso porque, además de paliar el estrés excesivo, quería inscribirse en una escuela de música, ágrafo como era, y “ser un estudiante ejemplar y estudiar y pensar”.

Sus planes incluían formar “una gran banda. No me refiero a tres arpas y catorce violines, me refiero a una gran banda llena de músicos competentes a los que pueda dirigir y para quienes escribir”.

En resumen, quería “formar parte de una nueva expansión musical”. Su intuición le indicaba que un cambio cultural se avecinaba.

El cambio vibratorio del planeta, que él sabía estaba por acontecer, requería por lo tanto “encontrar un nuevo canal para mi música”. Y para ello era menester guardar silencio durante un buen rato, reunir todo lo aprendido por la sociedad artística durante los últimos treinta años y entonces “mezclar todas las ideas que han funcionado en una nueva forma de música clásica. Va a ser algo que desarrollará un sentido nuevo en la mente de las personas”.

La base de su nueva música, planeaba Jimi Hendrix, sería el pensamiento musical que había desarrollado Richard Wagner y luego Richard Strauss y “flotando en el cielo, por encima, estará el blues y después habrá western sky music y sweet opium music y esto lo mezclaremos para formar algo único. Y con esta música pintaremos cuadros de la Tierra y el espacio, para que el oyente pueda viajar a algún sitio. Hay que darle a la gente algo con lo que soñar”.

Como lo hizo en el ritual de aquella noche de junio de 1967 cuando en el Monterey Pop Festival llevó al límite el *gimmick* que acostumbraba para conquistar públicos: tocar con los dientes.

Fue más allá: puso en escena una variante insospechada de *La consagración de la primavera*, donde la Elegida fue su Electric Lady, su amada guitarra, a la que acarició con lujuria, extrajo los gemidos más

candentes, la colocó contra el amplificador a sus espaldas y la embistió con movimientos copulares inequívocos y luego de hacerle el amor frente a todos, la tendió sobre el piso del escenario y le prendió fuego y la hizo pedazos mientras las damas presentes abrían la boca y los ojos del tamaño del asombro más allá del miedo.

Habría de escribir, meses después, en la penumbra de un hotel: “la música es una expresión tan personal que forzosamente proyecta sexo. El mundo gira alrededor del sexo. La música tiene que acompañar las emociones humanas, y te apuesto lo que quieras a que no puedes nombrar una más humana que el sexo”.

Dos amores tuvo en su vida: una de esas damas se llamó Fender Stratocaster. La otra: Gibson Flying Angel. Sus guitarras.

Con ellas creó una música más allá de las palabras. Quien escuche a Jimi Hendrix solamente como un gran guitarrista o un autor de canciones, no sabe todavía si es de día o de noche, si ya es mañana o simplemente si es el fin de los tiempos.

“No estoy seguro de llegar a los 28 años, pero ¿y qué?, me han pasado muchísimas cosas maravillosas en los últimos tres años. El mundo no me debe nada”.

Y se dedicó a reflexionar: “la gente que teme a la muerte es por causa de la inseguridad. El cuerpo es solo un vehículo físico que te lleva de un lado a otro sin demasiados problemas. Así que tienes este cuerpo que te han echado encima y que tienes que llevar a todas partes y cuidar y proteger y todo eso, pero hasta ese cuerpo se acaba agotando. La idea es recomponerse a uno mismo, intentar prepararse para el siguiente mundo, porque hay uno. Espero que seas capaz de comprenderlo”.

Y reflexionaba: “es gracioso cómo la gente ama a los muertos. Hay que morir para que piensen que vales algo. Una vez que te has muerto, lo has conseguido de por vida.

‘Cuando muera, sólo sigan escuchando mis discos’.

“Pero, un momento: ¿qué, ya es mañana o qué, o nada más estamos en el final de los tiempos?”.

Pérenme tantito, voy a besar el cielo.

Y ahí está, el zurdo sublime, guindado de una nube de color lila. **u**